DINERO

La mitad de los establecimientos de la ciudad—casi dos millones de habitantes—eran bancos. Al llegar aquel momento, se produjo una larga espera en la cual unos y otros se preguntaban, con angustia, cómo acabaría la pugna. Todavía no se había dado el caso de que hubiese cerrado un banco. En cambio, las tiendas y otros comercios habían sido derrotados varias veces. En la ciudad no quedaban cafés—solamente una especie de pequeños cubículos donde, faltos de espacio, los clientes tenían que entrar de uno en uno—; casi no quedaban cines: sólo unas salas para uso de las parejas, que proyectaban, ininterrumpidamente, noche y día, las mismas películas. De los teatros se había perdido el rastro y la memoria. Las tiendas llevaban una vida precaria, casi vergonzosa, y no era difícil adivinar que acabarían cediendo. Fué lo que sucedió.

Un día, en la ciudad, el número de bancos excedió en uno al número de tiendas. Desde aquel momento, la carrera fué frenética. Los comerciantes liquidaban sus mercancías y cerraban. Al día siguiente, comenzaron a instalarse rejas en donde anteriormente había cristales y escaparates. Al cabo de un tiempo, sólo unos pocos obstinados, continuaban vendiendo perfumes y telas, juguetes y libros, comidas y bebidas. Unas docenas, en toda la ciudad. Las calles ofrecían una perspectiva insólita. Parecía una ciudad encarcelada, y uno no estaba muy seguro de si los prisioneros eran los de dentro o los de fuera. Pero todavía no había bastante.

Con la excusa de que los escaparates y su contenido, les hacían, aunque vagamente, la competencia, los bancos, que ahora tenían la absoluta mayoría, consiguieron que las autoridades de la ciudad ordenasen que también los comercios instalaran rejas. Se trataba, según el decreto, de dar a la ciudad un aspecto uniforme, una severidad externa de acuerdo con el carácter y las costumbres que ya habían adquirido los habitantes de la ciudad. Los comerciantes agacharon la cabeza y obedicieron. Era todo lo que podían hacer. Desaparecieron los escasos escaparates y, en su lugar, crecieron las rejas.

A partir de entonces fué difícil encontrar una tienda: se confundían con los bancos. Por otra parte, ya nadie se interesaba por las tiendas, nadie compraba ni vendía. La gente entraba y salía de los bancos, a todas horas, con grandes montones de billetes. Más de media ciudad se encontraba detrás de las taquillas. La otra mitad hacía negocios imagina-

rios. No comía, no dormía, no se divertía; los negocios eran el comer, el dormir y el divertirse.

Yo no comprendía cómo había sucedido el milagro, pero había ocurrido. Cuando en los villorrios se extendió la noticia de que en la capital todo el mundo hacía negocios, el país entero se precipitó a la ciudad. Los campos fueron abandonados, y los rebaños y las pequeñas industrias paternalistas y las mercerías lóbregas en donde hay un poco de todo; todo fué abandonado y el país entero se acomodó como pudo en la capital. Hubiese sido necesario construir casas para toda esa gente, nuevos edificios para los bancos, pero ya no existían albañiles y nadie fabricaba materiales para la construcción. La gente, pues, vivía apretada, techo sobre techo. Los bancos multiplicaban su personal. La gente se acostumbraba a tener los codos doblados sobre el cuerpo.

La noticia, con el tiempo, se difundió por el mundo y se la encontró curiosa. Se hablaba con admiración de un país reducido a una ciudad de bancos. El turismo comenzó a afluir. Pero ya no quedaban hoteles, porque también los bancos los habían engullido. Los extranjeros tenían que dormir por las calles, debajo de los árboles, en los bancos de los jardines públicos; los más afortunados conseguían un poco de aire bajo techo, a precios fabulosos. Pero no era eso lo peor. En la ciudad y en el resto del país no producía nadie; se había perdido, por otra parte, el hábito de comer, y nadie tenía provisiones. Los turistas no estaban acostumbrados a este régimen y morían como moscas. Se les limpiaba los bolsillos, se les quitaba la ropa y se les enterraba sin ceremonia, desnudos. Los pocos que lograron escapar contaban con horror lo que habían visto; con horror y fascinación. Era una propaganda excelente. Todos los días acudían más turistas, llevados por la curiosidad de contemplar interminables calles enrejadas. La satisfacían, morían y eran expoliados.

Abundaba la moneda extranjera. Pronto abundó tanto, que ya nadie sabía con certeza cuál era la moneda del país. Nadie se preocupaba, después de la gran inflación, de imprimir nuevos billetes; los viejos caían a pedazos y no eran sustituídos. Unidad por unidad—porque una unidad no valía prácticamente nada—eran destruídos por los mismos interesados, cuando quedaban reducidos a unos centímetros de papel grasiento, o de grasa sin papel. Sólo se operaba, pues, con moneda extranjera; pero era lo mismo, no tenía ninguna importancia, porque entonces, cuando se llegó a este estado de cosas, era igual operar que no operar. Daba lo mismo. Todos habían muerto y nadie lo sabía.

(Traducción directa del catalán, autorizada por el autor, para este número de ÁGORA.)

MANUEL DE PEDROLO